



## **Desgrabación segunda conferencia. Disertante Dr. Alfredo Buzzi**

**César Gota:** Alfredo Buzzi, fue practicante del Hospital de Clínicas donde acceden solamente los mejores promedios de la carrera. Ha sido profesor adjunto y titular, ambas cosas con unanimidad que el jurado proporciona, ahora es profesor emérito, y tiene la difícil responsabilidad, alto honor, flaco favor, de ser decano de la Facultad de Medicina (UBA), trabajo que se las trae, que está desempeñando más que con solvencia. Pero además el profesor es un humanista, ha sido presidente de varias sociedades, presidente de la Sociedad Argentina de Angiología, de la Sociedad Argentina de Historia de la Medicina, es clínico, con inclinación a la cardiología, cardiólogo. Para los que no son médicos, les amplío los detalles: habla no se cuántos idiomas, lo he sentido hablar en

francés, en italiano, en inglés, y obviamente nos entendemos en español. Ha escrito libros, sabe de todo, es difícil hablar con él sin sentir un poco de vergüenza. Pero además de todo esto, ha sido miembro de este club, ha jugado al básquet, estuvo a punto de ser federado, se desenvolvió bien y muy bien, fíjense la altura que tiene, me sobrepasa en varios centímetros, pero hubo un momento en que tuvo que optar. Porque se entrega con pasión a lo que hace, a la medicina o al deporte. Optó por la medicina, lamentablemente para el club, pero es un gusto tenerlo hoy con ese back ground de antecedentes hablando para todos nosotros.

**Dr. Alfredo Buzzi;**

El Dr. César Gotta ha visto con unos anteojos especiales mi trayectoria. Soy médico, curioso del pasado, y las circunstancias han hecho que tuviera grandes maestros que me señalaron un camino, un camino de estudio y de trabajo. La medicina es muy absorbente, los médicos que estamos acá lo sabemos, no es una amante, es una esposa, y uno se casa para siempre con la medicina. De manera que yo le agradezco mucho esos conceptos tan elogiosos, que no merezco ciertamente. Y voy a tratar de compartir con ustedes algunos recuerdos de la medicina argentina, especialmente de la bonaerense, en los últimos cien años.

Quiero recordarles que la medicina en Buenos Aires no estuvo centrada en el Hospital de Clínicas, aunque

ciertamente el viejo Clínicas yo conocí era un lugar de excepción, un lugar donde uno aprendía a través del aire, porque oía a grandes maestros, y cada pequeño cenáculo, cada megatoscopio, cada enfermo, dejaba una enseñanza.

Tenemos que hacer un viaje un poco largo, y remontarnos a Don Pedro de Mendoza, que fue el primero en llegar a estas tierras con ánimo de establecer una ciudad. Y él trajo a su médico, cosa excepcional en aquella época, ya que había pocos médicos, porque estaba enfermo. Estamos en el siglo XVI, había una enfermedad que tenía distintos nombres según el país: los franceses la llamaban el mal napolitano, y los italianos lo llamaban el morbo gálico. Ahora sabemos que era la sífilis, que en aquella época era una enfermedad terriblemente mutilante, como la lepra, hasta que el ser humano fue adquiriendo una cierta inmunidad, y la sífilis se transformó en una enfermedad venérea en el siglo XIX, y con el descubrimiento de Fleming de la penicilina, dejó de ser una enfermedad tan temible. Pero en aquella época era una enfermedad grave. Pedro de Mendoza bajó de su embarcación, estuvo unos pocos días, seguramente en la boca del Riachuelo (se ha discutido mucho el lugar exacto donde desembarcó), pero volvió a embarcarse y falleció en el viaje de vuelta a España. Ese fue el primer médico que vino a orillas del Plata.

En el siglo XVI, los médicos no tenían el rango que tuvieron más tarde, y que todavía nosotros seguimos teniendo: hombres de estudio, intelectuales, de buen nivel científico. Eso no existía. La medicina era un oficio, eran practicones que se ocupaban de otros menesteres, como sacar muelas. Eran barberos, y atendían principalmente las heridas. El tratamiento de las enfermedades estaba basado en la teoría de los humores, que venía de Grecia y que tenía veinte siglos. Decían: "este señor tiene exceso de sangre: es un sanguíneo, vamos a sacarle sangre, a hacerle una sangría, y éste otro es un melancólico, porque tienen un exceso de bilis negra, y está triste", y así sucesivamente. Una medicina completamente teórica, antigua, y muy poco eficiente. Recién en el siglo XIX, comienza a hacerse en los principales centros europeos una medicina científica. La aplicación del método científico de Francis Bacon comienza a dar frutos, y entonces la medicina comienza a hacerse más eficaz, una ciencia de la observación. Y así surge primero el concepto de la antisepsia, gracias al cual la cirugía puede desarrollarse con cierto fundamento.

Naturalmente nosotros tuvimos nuestros fundadores, especialmente en Buenos Aires. Acá se fundó el Protomedicato gracias a un preclaro virrey, nuestro segundo virrey, el virrey Vértiz, que era progresista, y se juntó con un irlandés, hijo de padre irlandés y de madre española

seguramente, y que había estudiado en España en Cervera, cerca de Barcelona. Se llamaba Miguel O'Gorman, (seguramente se sacó la "o" después de las invasiones inglesas, porque todos los que tenían apellido inglés eran vistos con suspicacia; aunque muchos ingleses se quedaron e hicieron familia). Caminando por la calle Paraguay y yendo hacia Callao, justo en la esquina de la plaza Houssay sobre la calle Junín, medio oculto por el follaje de un árbol, hay un monumento que se llama "Los fundadores". Justamente ahí están O 'Gorman, Cosme Argerich, hijo de un español, y Agustín Eugenio Fabre, un catalán licenciado en cirugía. Estos tres próceres son los fundadores de la medicina argentina, y constituyeron el protomedicato que había fundado Vértiz y que tardaría veinte años en hacerse efectivo. Estas tres personalidades, Gorman y Argerich como clínicos y Fabre como cirujano, son los primeros en organizar la enseñanza de la medicina en 1801, con las primeras clases que da el licenciado Fabre muy cerca de San Telmo, donde estaba el viejo Hospital de Hombres, demolido allá por 1870, muy cerca de la iglesia de San Pedro Telmo, llamado también Hospital de los Betleheimitas, una orden guatemalteca (cuyos miembros usaban una barba larga). Estos sacerdotes eran efectivos y ejercían la ciencia de la medicina, pero también el arte de la medicina. ¿Que es el arte? Cuidar a los enfermos. En la facultad de Medicina hay un viejo reloj, construido en

Londres, y según cuenta la anécdota, un coronel de las fuerzas escocesas, los combatientes más aguerridos de las fuerza británicas (en la infantería de marina siempre iban adelante), fue herido durante las invasiones inglesas en una rodilla con un balazo de arcabuz. En aquella época un balazo en una articulación significaba la amputación, así perdió su brazo el almirante Nelson entonces capitán de navío en el sitio de Santa Cruz de Tenerife. Nelson dejó escrito que cada cirujano debía tener sus instrumentos templados en agua caliente, porque recordaba que junto al dolor, lo peor había sido el frío del acero. Estos curas Betlehemitas trataron a este hombre, ya que y el cirujano del barco británico lo quería amputar, y el coronel que quería conservar su pierna, por lo que pidió que lo llevaran al hospital. Lo trataron los sacerdotes, lo cuidaron, y le salvaron la pierna. El coronel habrá quedado medio rengo pero con su pierna entera, y como agradecimiento fue al barco les entregó ese reloj, que todavía tenemos en la facultad de Medicina. No sé si la historia es cierta, pero el reloj dice Londres, es de caoba, todavía funciona, aunque atrasa, y tiene todas las características de ser de 1806 ó 1807.

Esos fueron entonces los fundadores. Recordemos que recién Joseph Lister establece el método antiséptico alrededor de 1870. Hasta ese momento las heridas se infectaban, eran casi siempre sépticas, a veces el que transmitía la infección al

pasar una esponja por una herida limpia, era el mismo cirujano. Libster introduce el ácido fénico, carbónico en inglés, y vuelve la cirugía algo más seguro.

Vamos a ver primero el monumento a los tres fundadores. Originalmente estaba en la vieja Facultad de Medicina, actual Facultad de Ciencias Económicas. Teodoro Alvarez es el primer cirujano que empieza a operar en forma antiséptica. Y tenemos certeza que lo hizo con muy buen resultado porque le sacó un cálculo a Rosas. En aquella época los cálculos de la vejiga urinaria eran más comunes, aquí y en todo el mundo. Eran cálculos grandes, del tamaño de un huevo de paloma. En una sesión de la Sociedad de Historia tuve la oportunidad de tener en mis manos el cálculo de Rosas. Teodoro Álvarez, tenía como mérito, aparte de ser un eximio cirujano y de haber operado con éxito a Rosas, que nunca salió de la Argentina, no hizo el clásico peregrinaje a París o Londres.

París era a mediados del siglo XIX el centro de la medicina mundial. Los médicos argentinos por afinidades idiomáticas y culturales lo eligen como lugar de peregrinaje principal. Entre ellos, uno de los primeros que viaja a París es Ignacio Pirovano, considerado el padre de la cirugía argentina, porque viaja a París con conocimientos sólidos de anatomía, había sido profesor de Histología, asiste allí a las clases nada menos que de Luis Pasteur, y de Claudio Bernard. Y vuelve

aquí como profesor de Histología, pero más tarde inaugura el servicio de cirugía del viejo Clínicas que, lamentablemente, fue demolido en 1974. Y Pirovano dejó una legión de discípulos y por eso se lo considera un verdadero maestro. Y decir el padre de la cirugía es decir grandes palabras.

Existen unos bajorrelieves que rodeaban su monumento. Cuando se sacó del hospital y se colocó en la plaza Houssay, el suelo no toleraba el peso del monumento y los bajorrelieves (debajo hay un estacionamiento). Están bien amurados en la plaza Houssay, porque no se los han llevado todavía.

Un médico argentino de ascendencia francesa, viajó a Francia y estuvo en París. Fue un eximio cirujano, y cultivó una cirugía que estaba en aquella época en pañales. Se llamaba Andrés Llobet. Operó cerebro, varias lesiones de cerebro, algunas de ellas con éxito. Lamentablemente murió joven, a los 45 años, de un sarcoma del hueso temporal. Llobet era muy audaz, así como Pirovano era un hombre muy prudente. Pero era tal su fama que se lo llamó "el Pirovano chico". El otro mérito de Llobet fue haber inaugurado una escuela quirúrgica que fue famosa en Buenos Aires (todavía tiene discípulos), que fue la escuela del Hospital Rawson, antiguo asilo de inválidos de la guerra del Paraguay.

Otros dos discípulos de Pirovano fueron Nicolás Repetto y Juan Bautista Justo. Justo fue profesor titular de Clínica

quirúrgica en el Hospital Ramos Mejía, en aquella época San Roque, y Repetto fue jefe de servicio del Hospital Italiano. Ambos dejaron la cirugía y se dedicaron a la política y fundaron el Partido Socialista, el diario La Vanguardia, La Casa del Pueblo, etc. Fueron grandes políticos y científicos. Justo, que era un políglota, tradujo a Marx del alemán al castellano. Ambos destacados cirujanos. Justo medalla de oro de su promoción, discípulo dilecto de Pirovano, pero por una serie de razones, tuvo que dejar la cirugía, en parte por sus convicciones y en parte porque fue separado injustamente de la facultad.

Otro gran discípulo de Pirovano, fue Alejandro Posadas. Alejandro Posadas era un hombre muy delgado, gran trabajador, que le decían como sobrenombre Villac. Villac fue un gran anatomista francés que murió muy joven, a los 32 años, y parece como una maldición, porque Posadas también se murió a los 32 años de una enfermedad tuberculosa pulmonar, y para no causar pena a sus familiares se fue a morir a París. Se destacó como un cirujano de primer orden. Aquí está la foto que dejó a sus tres discípulos, Enrique Finocchietto, José Arce y Pedro Chutro. Dice octubre, 1902. En diciembre moría en París después de un viaje penoso. Dejó varias contribuciones técnicas, y fue además el primero en filmar una película en el mundo de una intervención quirúrgica, con una cámara que había traído de París.

Este es un hermoso monumento a Posadas. Era el jefe de cirugía de niños, de la sala del doctor Manuel Blancas, sala que llegamos a conocer. Acá se lo ve examinando a una pequeña paciente y seguramente dispuesto a operarla.

Luis Güemes, nieto de nuestro prócer Martín de Güemes, tuvo muchos méritos, en primer lugar, el de su modestia. Nunca se jactó de su parentesco con el prócer. Además viajó a París y en lugar de hacer el posgrado, como hizo Pirovano, se inscribió en la Facultad de Medicina y cursó toda la carrera nuevamente, o sea que era doctor en medicina de la Facultad de Medicina de Buenos Aires y en la de París. Y cuando volvió a Buenos Aires en 1868, se transformó en el médico de consulta de casi todas las personas que tenían una enfermedad importante. Fue médico de seis presidentes argentinos. Se caracterizaba por su prudencia y por su tacto, y decía "nunca haga un pronóstico de muerte hasta que el cajón esté cerrado." Esa era una de sus frases lapidarias. Era un excelente clínico formado al lado de las luminarias de París del siglo XIX, como Charcot, y Babinsky.

Este monumento que ahora está en una esquina del Hospital de Clínicas. Tiene tres figuras, la del dios griego de la medicina, Asclepio, con su caduceo, la vara con la serpiente enroscada con dos figuras que seguramente significan la sabiduría, un libro abierto, y un receptáculo farmacéutico, o sea la práctica.

Otro médico con otras características pero muy talentoso, vivió exiliado en Bolivia, hijo de un coronel de origen inglés. Se llamaba Eduardo Wilde. Aparentemente su padre tenía parentesco con la familia del gran dramaturgo, ensayista y escritor irlandés, Oscar Wilde, ya que el padre de Oscar Wilde era oftalmólogo. Eduardo Wilde fue un médico que se destacó en todas las áreas que cultivó, especialmente fue un médico higienista, fue discípulo de Rawson, fue ministro del interior de Roca, un diplomático de primerísimo nivel. Un hombre muy talentoso, cultivó la literatura, algunos libros que en nuestra época de estudiantes de medicina hemos leído en nuestra juventud, son suyos, como "Prometeo y compañía" y una famosísima "Tesis sobre el Hipo", donde propone la sección del nervio frénico para el tratamiento del hipo intratable. Una solución muy ingeniosa que ocasionalmente se utiliza.

Este es el frontispicio de la colección que se llamaba "La cultura argentina", de 1924, que se dedicaba a imprimir esos pequeños clásicos argentinos, entre ellos la tesis de Eduardo Wilde.

El gran clínico canadiense William Osler decía que los médicos podían ser transmisores o creadores. Indudablemente los más raros pero los más valiosos son los creadores. Eliseo Cantón era tucumano. Fue obstetra. Era un creador, y creó dos grandes obras que perduran. Una de

ellas, la Facultad de Medicina que está ubicada todavía en la calle Córdoba y que es actualmente la Facultad de Ciencias Económicas, pero si ustedes observan, verán que tiene una escena en el frontispicio de una disección medieval. La otra, los seis tomos sobre la "Historia de la medicina en el Río de la Plata hasta 1925". Fue presidente de la Academia Nacional de Medicina, y proyectó el actual Policlínico San Martín, Hospital de Clínicas.

Este es el frontispicio de su libro, "Historia de la Facultad de Medicina y de sus escuelas". Posadas tuvo tres discípulos, jóvenes. Acá lo vemos dibujado a Pedro Chutro en la Salpetriere, que es un antiquísimo hospital de París que antiguamente era un arsenal: el salpetre es la pólvora. Chutro es uno de los más destacados, porque entre otras virtudes, viajó en 1915 (en plena primera guerra mundial) a Paris y le ofreció sus servicios a Francia sin pedir un centavo de sueldo. Acá lo vemos en la Salpetriere, el dibujante ha captado un gesto característico suyo. El año es 1922. Chutro se convirtió en un cirujano de consulta, un cultor de la clínica quirúrgica, disciplina que hoy está un poco esfumándose entre las nubes. La especialización ha hecho que se oiga poco hablar de la clínica. Chutro fue titular de Clínica Quirúrgica en el viejo San Roque, hoy Hospital Ramos Mejía. Y fue un clínico y un cirujano de excepción. Un gran nadador. Era famoso por su

puntualidad, cuando daba la octava campanada del campanario del hospital, él empezaba su clase teórica.

El segundo discípulo de Posadas fue Enrique Finocchietto. Fue un cirujano técnico, un maestro sobre todo en la creación de instrumentos y de técnicas, y quizá su instrumento más conocido es el "separador torácico a cremallera", conocido en todo el mundo como "el separador de Finocchietto". Alguien denominó a esta fotografía "un cirujano con cuatro manos", porque a su lado está su hermano Ricardo, y la sincronización era tan perfecta, que parecían un solo cirujano y cuatro manos que operaban. Acá tenemos el "frontolux", un instrumento que no fue creado por él, pero que fue mejorado para que no molestara tanto al ayudante y no produjera tanto calor.

El tercer discípulo de Posadas, fue una gran personalidad: José Arce. Nacido en Lobería, provincia de Buenos Aires, niño prodigio, bachiller a los quince años, medalla de oro de su facultad en su promoción. Fue un hacedor, el creador del Instituto de Clínica quirúrgica, creó una escuela de cirugía de primerísimo nivel.

Esta es la maqueta de la Facultad de Medicina, bastante parecida a lo que es hoy día, y en el decanato de la facultad hay un retrato de él, para que nadie se olvide de que esa facultad la planificó el (la hizo el arquitecto San Martino).

Decíamos que la mayoría de los médicos iban a Francia por razones culturales, el idioma francés era accesible, se estudiaba en el nacional, y París ofrecía otros atractivos además de la medicina. Pero a principios de siglo un joven médico políglota, que se llamaba Mariano Rafael Castex y hablaba alemán, inglés, francés e italiano a la perfección, en vez de irse a París se va a Alemania. Y va a la ciudad de Heidelberg y a Berlín, y se transforma allí entre 1906 y 1910 en un clínico a la alemana. Trata de trasladar a la Argentina, los métodos alemanes objetivos, de la investigación fisiológica, etc. Fue una gran figura de la medicina clínica y creador de una escuela famosa, la escuela de Castex. Un hombre verdaderamente erudito, yo pude escucharlo, tuve el privilegio de ir a la Academia de Medicina, porque tenía interés en ver cómo hablaba, era legendaria su oratoria. De una voz potente, y una dicción impecable. Pero tenía un inconveniente, no tenía críticos, y entonces desarrolló algunas teorías que el tiempo demostró que eran erróneas: Por ejemplo decía que existía la sífilis hereditaria tardía, y si alguno de nosotros tenía la aorta un poco desarrollada por ser hipertenso, lo internaba y le ponía cianuro de mercurio, que era lo que se usaba para la sífilis. Y así quedó el edificio de la sífilis hereditaria tardía, que en realidad era inexistente. Pasó luego a la ameba histolítica, y todos los trastornos digestivos se debían a la amebiasis, y se trataba con hemetina, que era

un medicamento inyectable y tóxico, desagradable, y producía efectos colaterales. Finalmente la tercera teoría era la de los focos sépticos. Mucha gente en Buenos Aires se quedó sin dientes porque él insistía que los ápices dentales eran la causa de la infección. Por supuesto que todos esos defectos estaban balanceados por su erudición, su formación clínica de primerísimo nivel y un verdadero espíritu de escuela, un hombre que formó discípulos a la perfección.

Este es un cuadro que está en la cátedra de Radiología del Hospital de Clínicas, debe ser el único cuadro en que están juntos dos verdaderos think-tanks, en aquella época como River y Boca: Mariano Castex y acá Pedro Escudero, su rival acérrimo. Acá está Alfredo Lanari padre, a quien podemos llamar el padre de la radiografía argentina, primero profesor titular de Radiología y decano de la facultad, un hombre muy progresista, y su hijo, conocido como "Pipo" Alfredo Lanari, también un investigador clínico de nota. Decía que debe ser la única imagen en que Castex y Escudero están juntos.

Castex, entre otros méritos, se dio cuenta que se necesitaba un órgano de expresión de la medicina argentina. Había periódicos como "La semana médica", pero él funda "La prensa medica argentina". Calcado de un periódico francés semanal que se llamaba "La press medical". Con toda prudencia fue el secretario. Los otros miembros eran Güemes, Araoz Alfaro y Berni, grandes figuras. El periódico

sigue saliendo, dirigida por el nieto de Gili Bufarini, que fue un pionero italiano de la imprenta médica acá y se ocupó de los aspectos técnicos de "La prensa médica argentina".

Este es Pedro Escudero (la foto la facilitó el doctor César Gotta). Pedro Escudero, de buena estatura, con su clásico gorro blanco de jefe de servicio. Si era director de instituto, llevaba un gorro rojo, como Luis Agote.

Este es el tío de Cesar Gotta, Héctor Gotta, éste otro es un gran semiólogo, Ernesto Merlo, virtuoso del examen físico. Hay una gran cantidad de figuras, como Pángaro. La figura que se destaca es la de Pedro Escudero, un verdadero pionero en el estudio de la diabetes y el creador de la escuela de nutricionistas y dietistas en Argentina. Argentina se destacó con toda justicia por los estudios de Escudero. Publicaba casi siempre en francés.

Estas son las lecciones de clínica médica, del Hospital de Clínicas, Buenos Aires, 1925. Los profesores de clínica médica llevaban un enfermo al aula, e intentaban demostrar a sus alumnos el diagnóstico y el tratamiento. Esto venía de París y en la medicina actual ha desaparecido.

Pasamos al examen físico, tan importante en la medicina, que se está perdiendo. Los más antiguos observamos que los médicos jóvenes no tocan, no auscultan al paciente, a veces ni siquiera hablan con él. Roberto

Wernicke se ocupó de esto. Daba Semiología, y sus discípulos formaron una escuela muy valiosa.

Acá vemos un mármol en bajo relieve, un homenaje que se hizo en el hospital de Clínicas en su jubilación, en el piso 11.

Este es al heredero de Wernicke, Gregorio Aráoz Alfaro, una gran figura de Tucumán, médico, humanista, historiador. Una gran figura de la medicina argentina, creador de la tradición semiológica, del examen del enfermo, la clave del diagnóstico.

Dos de sus discípulos, Tiburcio Padilla y Pedro Cossio, los dos grandes semiólogos y grandes maestros, hacían que todo pareciera sencillo y simple, que el examen del enfermo pareciera natural. Nos enseñaron a acercarnos al paciente, a la propedéutica, el principio del aprendizaje.

Ernesto Merlo era un gran semiólogo, podía pasar una hora con un paciente. Una figura muy recordada y gran persona.

Salgamos de Buenos Aires. En Córdoba se enseñaba Teología y algo de jurisprudencia. La Facultad de Medicina se inauguró en 1875, y uno de sus exponentes fue Ernesto Romagoza. Enseñaba más operando que hablando. Había tres mudos en la cirugía argentina, uno era él, el segundo Arturo Zabala y el otro Finocchietto.

Pablo Mirizzi, cirujano cordobés, se destacó por opacificar el colédoco.

Más tarde llegó la época de las especialidades. Este es Pedro Lagleyze, un gran dibujante. Lo nombran jefe de clínica porque dibujaba los fondos de ojos. Fue profesor titular de Oftalmología en el Clínicas.

Surge la necesidad de la radiología. Surge una figura, Manuel Malenchini, una figura destacada, fallecido prematuramente.

Hay médicos filósofos, escritores, humanistas, que tocaron aspectos de la medicina vinculados con la enfermedad y el sufrimiento. Uno fue Osvaldo Loudet. Fue un médico filósofo. Una excelente persona.

Esta es una de las pocas fotografías en que verán riendo a René Favalaro. Era un hombre melancólico. Esta foto es una excepción. El ideó el puente aorto-coronario, una idea propia, y eso lo hizo el centro de la cirugía cardíaca. Conocemos su trágico final, guardamos silencio.

Por último, tenemos al médico de vocación académica, el que como médico enseña. La medicina en general se caracteriza porque tendemos a transmitir nuestros conocimientos. Se reúne en congresos, forma escuelas. Como arquetipo traigo a Osvaldo Fustinoni, a quien conocí mucho. Fue un gran docente, de excepción, nos enseñaba a tomar el pulso, mirar la pupila, parecía que todo era fácil. Para muchos

de nosotros fue un médico ideal, que veía a toda la medicina, y el ejemplo único del ser humano en el enfermo, y tenía una formación clásica y una memoria prodigiosas, con una trayectoria para imitar.

La ciencia argentina dio tres premios Nobel, que se formaron en la Universidad de Buenos Aires: dos de Medicina, Bernardo Houssay, en 1947 (por el estudio del metabolismo de los azúcares), y César Milstein, en 1984 (por el desarrollo de los anticuerpos monoclonales), y uno de Química, Luis Federico Leloir, en 1970 (por el estudio de los nucleótidos y la síntesis de los hidratos de carbono, en Cambridge).

Agradezco la atención de todos ustedes, he tratado de compartir con todos ustedes más de medio siglo de medicina argentina. Por eso dejé todo, el básquet que practicaba acá. Yo no viví los últimos cien años, sí el cincuentenario, y han ocurrido cambios favorables y otros perjudiciales, que se traducen en cierto malestar, en el que el médico expresa su temor a sufrir una demanda, o el paciente (se queja) que no se siente entendido, o el médico que sólo se guía por los estudios, pero no examina el paciente. Pensamos si los avances de los últimos cincuenta años, justifican que nos olvidemos de la tradición desde Hipócrates, el padre de la medicina, que significa acercarse (al paciente), tomarle el pulso, darle una esperanza, en esencia, esa siempre fue la

misión del médico. Es el mejor atributo que hace que se pueda decir "ese señor es un buen médico", muchas gracias.

Buenos Aires, Biblioteca de Viamonte, CUBA

7 de septiembre de 2009